

LOS 100 AÑOS DE CARLOS MANUEL MUÑIZ

1. Su relación con Brasil.

Hace 100 años, el 2 de febrero, nacía en Buenos Aires, Carlos Manuel Muñiz, arquetipo de diplomático argentino.

Fue abogado, docente y académico, pero ante todo un hombre con una gran vocación por lo público, lo que puso de manifiesto a través de su larga, premiada y reconocida trayectoria. Sus condecoraciones y distinciones son numerosas. Entre ella se puede citar el Gran Premio Konex Brillante en la categoría “Diplomáticos”, distinción que le fue otorgada al final de su amplia y rica trayectoria. En el ámbito académico ejerció la docencia tanto en la Universidad de Buenos Aires como en la Católica de La Plata. También fue miembro de número de la Academia Nacional de Derecho y de la Academia de Ciencias Políticas y Morales, que lo recordará con un acto conmemorativo por los 100 años de su nacimiento el martes 25 de octubre.

Tras ser embajador en Bolivia, el Presidente Arturo Frondizi lo designa para la misma función ante Brasil, cargo que ejercerá entre septiembre 1959 y abril de 1962. Fue artífice de la política de alianza con Brasil, que se plasmó en el encuentro entre los Presidentes Frondizi y Quadros en Uruguayana.

En base a su experiencia en ese decisivo cargo para la diplomacia argentina, Muñiz decía que Brasil era prioritario para nuestro país. Fue una enseñanza que me transmitió a mí y a muchos otros integrantes del CARI.

En su biblioteca tenía un lugar preferencial 15 textos sobre Brasil -que combinan sus distintos centros de interés: historia, literatura, sociología y geografía y pude adquirir en un remate-, que había seleccionado como los más representativos de su cultura y tradición: *Conhecimento de Poesía* de Victorio Nemésio; *Machado de Assis* de Peregrino Junior, Cândido Mota Filho, Eugenio Gomes y Aloysio de Carvalho Filho; *Portugal Histórica-Cultural* de Hermani Cidade; *Aspectos de Romance Brasileiro* de Eugenio Gomes; a *Criação Literária* de Cyro Dos Anjos; *A Obra Poética de Fernando Pessoa* de Jorge Nemésio; *O Baidas Aspas de Ouro* de Barbosa Lessa; *Garibaldi e a Guerra dos Farrapos* de Lindolfo Collor; *Estudos Rio-Grandeses* de Rubens de Barcellos; *Cancioneiros Gaúcho* de

Augusto Mayer; *Tropilha Crioula e Gado* de Xucro Vargas Netto; *Vida e Morte de Padre José de Anchieta* de Quirício Caxa; *Historia da Literatura de Rio Grande do Sul* de Guilhermino Cesar; *Contos Gauchecos e Lendas do Sul* de J. Simoes Lopez Neto; *Segretos e Revelacoes da Historia de Brasil* de Gustavo Barroso.

Los había mandado a encuadernar en cuero verde. Afortunadamente los tengo hoy en mi biblioteca como un legado especial y vale para el CARI, al conmemorar los 200 años de la independencia de Brasil, tener presente lo que nuestro fundador sentó como principio rector para nuestra institución.

En esta gestión, Muñiz dio un ejemplo en cuanto a su capacidad para elegir sus colaboradores. Su Secretario de Embajada fue Oscar Camilión, que luego sería embajador en Brasil y Canciller. De esta experiencia Muñiz extrajo el principio de que Brasil era la relación clave para Argentina en el ámbito regional.

2. Canciller, creación del ISEN y Embajador en EEUU.

Pero de su experiencia brasileña se gestó un legado perdurable: la creación del Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN). Es que observó la importancia que tenía el Instituto Río Branco -creado en 1945 y llamado así por el gran artífice de las relaciones exteriores de Brasil en los primeros años del siglo, el Barón de Río Branco- en la profesionalizada y eficaz diplomacia brasileña.

Durante su gestión en Brasil, Muñiz entendió que ello no era sólo consecuencia de la tradición portuguesa, sino también la eficaz preparación y formación que recibían desde 1945, en un instituto de formación específico.

Al retornar de Brasil, Muñiz es designado Canciller del Presidente José María Guido. Aunque su paso por el Ministerio de Relaciones Exteriores fue breve -lo ejerció sólo durante 7 meses-, durante su gestión crea el mencionado ISEN -tomando el modelo brasileño-, que sigue formando desde entonces a las generaciones de diplomáticos argentinos. A pesar de la brevedad, vivió un momento muy intenso en el plano internacional por la Crisis de los Misiles estacionados en Cuba por la Unión Soviética, y en lo regional por el bloqueo a la isla decidido por la OEA.

En octubre de 1971 es designado embajador en Estados Unidos durante el gobierno del General Alejandro Agustín Lanusse y permanece en el cargo hasta mayo de 1973. Es un periodo de grandes cambios en el marco de la Guerra Fría. El reconocimiento diplomático de la República Popular China dispuesto por el gobierno de Richard Nixon, produce un cambio sustancial del cual se ha cumplido medio siglo. Muñiz influye ante su gobierno para acompañar la decisión estadounidense.

En el marco regional se desarrolló una política pragmática, que se manifestó, entre otras acciones, por una relación bilateral con Chile intensa, pese a la orientación ideológica del gobierno de Salvador Allende.

Como ya había sucedido en Brasil, la gestión de Muñiz en los Estados Unidos muestra un diplomático inteligente, eficaz y con una gran capacidad de vincularse con diversos sectores y personas.

3. **Creación del CARI.**

De esta experiencia estadounidense trae otro proyecto, que se concretó en la creación del Consejo Argentino de las Relaciones Internacionales (CARI). Tomando como modelo instituciones estadounidenses como el Council of Foreign Relations de Nueva York y su homólogo de Chicago, advirtió de la necesidad de que el país contara con un “think-tank” independiente que estudie las relaciones internacionales del país y pueda asesorar para su ejecución.

Creado en 1978 por Muñiz, que fue su primer Presidente, el CARI ha sido calificado internacionalmente como el “think-tank” mejor evaluado de Hispanoamérica. Lo dirigió hasta su fallecimiento, el 31 de octubre de 2007.

Los 44 años de existencia del CARI -que puede ser el más importante de América Latina en su categoría-, son un reflejo del estilo y la personalidad de Muñiz. Gestó ante todo un ámbito plural que permite un debate de ideas diferente. Fue también el ámbito en el cual los funcionarios de gobiernos extranjeros que visitaron la Argentina concurren para exponer sus puntos de vista. El CARI ha realizado numerosas conferencias y seminarios que han contribuido al conocimiento y difusión de las relaciones internacionales de la Argentina.

El CARI, gestado por Muñiz, es una combinación de diplomacia, política y actividad académica. Él tenía la capacidad de actuar en los tres ámbitos. La sobrevivencia de las instituciones que creó quizás sea su mayor éxito a recordar. La del ISEN estuvo garantizada por la gestión y el sostenimiento del Estado, y la del CARI, que durante su existencia ha tenido que enfrentar las dificultades de la inestabilidad económica de nuestro país, al ser una entidad privada.

En mi opinión personal, una de las decisiones más importantes y trascendentes que adoptó Muñiz en el CARI fue la designación de su sucesor. La elección del ex Canciller Adalberto Rodríguez Giavarini fue un acierto que permitió a la institución mantener sus objetivos y tradiciones, en un contexto que pasó de un financiamiento predominantemente estatal, a otro de dependencia casi total de recursos privados. En Rodríguez Giavarini tuvo el CARI un digno sucesor de Muñiz. Éste estaba siempre atento a las nuevas cuestiones, ideas y generaciones. Por eso celebro que esté en esta reunión Francisco de Santibáñez, el actual vicepresidente del CARI, quien representa a la nueva generación que comienza a hacerse cargo de la transición que está emprendiendo la institución.

En mi caso, Muñiz me convocó en el año 1997. Era un momento en el cual quienes se sumaban a la institución lo hacían realizando una presentación sobre un diplomático destacado de la Argentina. Yo lo hice sobre el uso de la historia que hiciera Ramón J. Cárcano durante su gestión en la embajada en Brasil en los años 30. Muñiz celebró la elección del tema, por el país elegido y el personaje. Él siempre decía que Estados Unidos y Brasil eran las dos relaciones bilaterales más importantes para Argentina, una a nivel global y la otra en el ámbito regional. Realicé mi exposición en 1998 y fue publicada con el Número 11 en la serie “Los Diplomáticos”, a la que Muñiz daba prioridad, iniciada con su texto en homenaje a Espil en 1988, del que hablaré más adelante. La última edición fue un trabajo sobre la faz diplomática de Victorino de la Plaza, que llevó el número 23, y fue escrito por el académico de número de esta Academia, Jorge Reinaldo Vanossi.

En 2005 me convocó para hacerme cargo de la dirección del Comité Estados Unidos, al cual quería impulsar y función que ocupé durante 14 años.

4. Embajador en Naciones Unidas

En 1982, tras la guerra de Malvinas, fue convocado para asumir la representación argentina ante las Naciones Unidas por su amigo Raúl Aguirre Lanari, que ejercía

el Ministerio de Relaciones Exteriores en el Gobierno del General Reinaldo Bignone. Jugó un rol relevante para la reinserción internacional de la Argentina tras el final del último gobierno militar y la guerra de Malvinas. Con el restablecimiento de la democracia, continuó en el cargo con el Presidente Raúl Alfonsín, hasta 1986. Con su gran capacidad de adaptación, supo gestar un trabajo fructífero en común con el Canciller Dante Caputo. Otra generación, formación y experiencia.

Entre las muchas iniciativas en apoyo de la política exterior argentina, que él impulsó en el CARI y realizadas con discreción y sin publicidad, estuvieron los foros para el diálogo con el Reino Unido por Malvinas. En el realizado en Buenos Aires en los años ochenta, participaron Michael Portillo, que acababa de dejar el Ministerio de Defensa de Margaret Thatcher, y los representantes de los kelpers, que viajaron a Buenos Aires.

La experiencia en Naciones Unidas reforzó en Muñiz su prioridad por el multilateralismo y la paz. En una de sus intervenciones en esta Academia, destacó la importancia de la paz, al citar la iniciativa presentada en julio de 1955 de “dos de los más grandes científicos del siglo XX, Bertrand Russell y Albert Einstein, dieron a conocer el Manifiesto que lleva su nombre, al que se adhirieron otros muchos científicos de distintos países del mundo, expresando el temor de que pudiera estallar un conflicto nuclear entre las grandes potencias enfrentadas entonces en la llamada Guerra Fría”.

“Expresaban, con énfasis, que hacían este llamado como seres humanos a otros seres humanos, no como miembros de tal o cual nación, continente o credo. El uso de armas nucleares no podía traer la victoria a una sola de las partes. Ambas perderían y la extinción de la vida sería inevitable”.

“El Manifiesto Russell-Einstein se dirigía, como era lógico, a los únicos que podían desatar un conflicto de esas proyecciones, es decir los estados y, en este caso, sobre todo a quienes sostenían la titánica lucha entre comunismo y anticomunismo”.

5. Centenario del Embajador Felipe Espil.

Muñiz ponía especial interés en la conmemoración del centenario de los grandes diplomáticos argentinos. De esta forma, buscaba celebrar el nacimiento de las

personas, no su muerte. Además, al celebrar el centenario participan, están presentes y lo recuerdan quienes lo han conocido.

En esta línea, como Presidente del CARI, Muñiz presidió en 1988 el homenaje a los 100 años del nacimiento del embajador Felipe Espil, a quien había sucedido en 1959 en la embajada en Brasil (en 1971 asumiría como embajador en Estados Unidos, cargo que ocupó Espil durante 14 años, entre 1931 y 1945).

En sus palabras sobre Espil en su homenaje, Muñiz plantea conceptos que perfectamente pueden ser aplicados hoy para él mismo: “La diplomacia, para ser ejercida cabalmente, debe responder a las exigencias de una vocación auténtica. Nada es posible sin amor, sin un vuelco profundo hacia el honroso oficio de representar al país. No hay, quizás, otra profesión donde una persona asuma tan enteramente su propia patria, donde el individuo se confunda con ella, sin poder eludir, en momento alguno, ese compromiso. En el extranjero él es, de algún modo, su país, más allá de sus intereses y de sus preocupaciones personales. Por eso solo quien tiene la capacidad de saber renunciar está en condiciones de asumir con plenitud ese honor”.

En este mismo discurso, en su remembranza de su diplomático admirado, Muñiz lo califica como hoy merece que lo hagamos: “Felipe Espil comprendió, vocacionalmente, el sentido ético de la profesión. Fue un diplomático por vocación. Tenía, como expresé en otra oportunidad, el oficio metido dentro del cuerpo. He aquí el sentido de su ejemplaridad. Cuando nos referimos a él evocamos a quien tuvo el orgullo de sentirse argentino, hijo de un país con presencia en el mundo, un país optimista, confiado en su destino de grandeza, impulsado por el esfuerzo, hijo de la fe. Un país que continúa alerta, dispuesto a nuevas cruzadas, porque tiene el sustento de sus grandes reservas morales e intelectuales intactas”.

También, al referirse a Espil, expresa la importancia hacia el futuro que tienen el justo recuerdo de quienes nos han precedido: “El ejemplo de los predecesores tiene, con su elocuencia, la fuerza necesaria para impulsar la fe. Su evocación es, pues, no sólo un recuerdo del pasado, es mucho más, un compromiso para el futuro”.

En esta evocación, Muñiz también tuvo palabras para la esposa de Espil, la estadounidense Courtney Letts de Espil, quien vino desde Estados Unidos para asistir al acto. No fue una referencia de cumplido. Courtney Letts tuvo una gran actuación en su país, de cuyos círculos más selectos participaba en apoyo de la gestión del embajador argentino, lo que dejó plasmado en su libro “La esposa del embajador”. Pero el matrimonio Espil tuvo otra particularidad que Muñiz siempre destacaba. El embajador dedicó mucho tiempo a traducir los informes que el primer representante diplomático estadounidense en Argentina, John Murray Forbes, escribió entre 1820 y 1831, que Espil publicó con un estudio crítico y notas ampliatorias bajo el nombre de “Once años en Buenos Aires. Su esposa, por su parte, escribió dos libros de carácter análogo. El primero sobre los informes enviados al Departamento de Estados por representantes diplomáticos de Estados Unidos durante las presidencias de Sarmiento, Avellaneda y Roca, y otro del mismo tipo sobre el segundo gobierno de Roca.

6. Incorporación a la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

A su propia conferencia de incorporación a la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 28 de abril de 2004, Muñiz decidió titularla “La búsqueda de un orden internacional: los caminos hacia la paz”. En ella sostuvo que: “Las condiciones de sabiduría, ecuanimidad y templanza, unidas a la sinceridad de sus convicciones, son exigencias cada vez mayores para juzgar la calidad de los gobernantes. La necesidad de respetar el orden jurídico establecido permite advertir con patente evidencia el peligro al que se somete el mundo cuando su destino depende de una o algunas pocas decisiones individuales. Debe comprenderse, por otra parte, cuán difícil resulta para quien detenta el poder y puede ejercerlo sin mayores resistencias, someter sus designios o necesidades a normas que los limiten”.

También manifiesta lo que puede ser una norma de conducta en las relaciones internacionales: “Aunque las buenas intenciones por sí solas no bastan, y las decisiones en política internacional, más aún las adoptadas por la mayor potencia mundial, tienen una repercusión en todos los ámbitos del planeta, sirven, sin embargo, para destacar el papel que juegan las posiciones personales superando las circunstancias existentes y hasta determinándolas en ciertos casos”.

Pronunciada cuando Muñiz ya ha cumplido 82 años, esta conferencia ante la Academia constituyó una suerte de legado. La finaliza diciendo:

“El retorno a un orden que regule las relaciones internacionales es un proceso lento que lleva tiempo. Reconstruir es más difícil que construir. Depende en especial de un cambio de conciencia de los individuos y de los pueblos, y en grado prevaeciente, de los que gobiernan las grandes potencias”.

“Confiar en el vuelco interior del ser humano hacia el bien, en la búsqueda de la convivencia como una auténtica, profunda decisión, en el acatamiento de un orden creado por él mismo, ¿no será en definitiva la expresión de un idealismo ingenuo?”

“¿Habrán leyes, tratados, que el hombre acepte como necesarios o las que se rinda convencido?”

“¿Podremos esperar un nuevo orden de armonía y de paz? ¿Podremos contener los rasgos negativos de la naturaleza humana?”

“Sin embargo, la verdadera revolución está en el fondo de nosotros mismos, en nuestra disponibilidad para comprender que el tiempo en que se mide nuestro paso por el mundo es limitado. Que la paz sólo es posible alcanzarla con un acto de entrega”.

“Todos los tratados, reglas, propuestas de reforma, organismos internacionales, declaraciones, cumbres políticas, carecen de valor si el hombre no está dispuesto a renunciar a sus ansias de omnipotencia”.

Dieciocho años después, estas afirmaciones tienen plena vigencia frente a un mundo que se asoma a peligrosos abismos.

En la Academia, pese al breve tiempo que actuó, tuvo una participación muy intensa. Fue director del Instituto de Política Internacional de la misma, otra función en la cual fue predecesor de Adalberto Giavarini. En 2006 convocó a una reunión para analizar el fenómeno del terrorismo, eje de los conflictos internacionales del momento. Me tocó participar con el embajador Victor Beaugé y Jorge Elías, entonces Secretario de Redacción de Asuntos Internacionales del

diario La Nación. Las palabras de apertura de Muñiz fueron leídas, porque por razones de salud, no podía desplazarse en ese momento. Dijo algo que deberían advertir hoy los líderes de las principales potencias del mundo: “En pocos años, cuando se esperaba que con la caída del Imperio Soviético se iniciaría una era de paz, quizás por mucho tiempo, la intemperancia y los recelos empezaron a aparecer, y apareció con ellos un enemigo invisible, casi abstracto, casi intemporal pero contundente en sus acciones destructivas, que pone al mundo en un riesgo quizás mayor que el que había vivido hasta entonces”.

En las sesiones que compartí con él acá, veía plasmada la amistad que él sentía por otros dos académicos: Raúl Aguirre Lanari y Alberto Rodríguez Galán, de la misma generación y profesión que él, también miembros de esta academia y la de Derecho, además de actuar en el ámbito del CARI. Muñiz pertenecía a un grupo social que dentro de su generación hizo de la cosa pública el centro de su actividad.

Recordarlo hoy, es un acto de justicia, un recuerdo de su rica personalidad, un elogio de modelo de diplomático y el reconocimiento de un hombre público, generoso y abierto a sus semejantes.

Por todo ello, correspondería que una de sus dos creaciones perdurables el Instituto del Servicio Exterior de la Nación llevara su nombre.

Rosendo Fraga

Académico de número de la Academia de Ciencias Políticas y Morales y miembro del Consejo Directivo del CARI

(El homenaje a Carlos Manuel Muñiz se realizó en la Academia de Ciencias Políticas y Morales el martes 25 de octubre a las 18 hs. en su sede de Avenida Alvear 1711).